

Los adolescentes y los otros: apuntalamiento y vulnerabilidad

María Cristina Rojas

Resumen

Este trabajo enfoca la cuestión adolescente tomando en cuenta las transformaciones del cuerpo ligadas a la pubertad, y al mismo tiempo el papel de los otros y la dimensión social de la época y lugar que el adolescente habita.

A lo largo del texto, destaca que el adolescente requiere redes de pertenencia y apuntalamiento para el sostén de múltiples procesamientos psíquicos propios de este exigido momento vital. Analiza la temática de la identidad, considerada en sus vertientes subjetiva y sociovincular. Considera la confrontación del adolescente con la sexualidad y la finitud, y sus modos de pertenencia en la actualidad, tanto a la familia como a otros grupos sociales.

Por último, se ocupa de la afectación del proceso adolescente en situaciones de desamparo social, relacionadas a violencia y exclusión.

Palabras clave: adolescencia; grupos de pertenencia; apoyo; identidad; sexualidad; malestar social

Teenagers and the Others: Support and Vulnerability

Abstract

This paper deals with adolescence considering the physical transformations related to puberty, and, at the same time, the role played by others, as well as the social dimension of the time and place in which the teenager lives.

Throughout the text, we stress out the fact that a teenager needs networks of belonging and support to sustain multiple psychological processes inherent in this strenuous crucial moment of his/her life. The issue of identity from its subjective and social-binding standpoints is also analyzed. The confrontation between the teenager and his/her own sexuality and finitude is considered, as well as his/her present ways of belonging both to his/her own family and other social groups.

Lastly, we analyze how situations of social distress connected with violence and exclusion have an impact on the adolescent process.

Key words: adolescence; groups of belonging; support; identity-sexuality; social distress

#### El adolescente en situación

Si la condición social de lo humano es propia de la vida toda, el momento adolescente refuerza la tensión subjetividad/ familia/ mundo y da mayor presencia a los otros extrafamiliares, en relación no solamente con los requerimientos de la sexualidad, sino con las posibilidades de autonomía e inserción en distintas áreas vitales que hasta entonces parecían lejanas.

La adolescencia constituye una producción cultural, y no aparece tal como la conocemos en aquellas sociedades que ritualizaran el pasaje de la niñez a la adultez y ofrecieran mediadores simbólicos para dichos cambios, apoyados en la metamorfosis de la pubertad. La incertidumbre y exigencias que acosan a las adolescencias de hoy no se daban de igual manera, ya que el futuro estaba en gran medida resuelto por la comunidad misma.

Aunque con variaciones, esto se sostuvo en Occidente, en relación con la vigencia de la familia extensa. En la misma cohabitaban distintas generaciones y líneas del parentesco, que conformaban una unidad de producción; los oficios se transmitían de manera directa a los descendientes, en la convivencia y las pequeñas comunidades. En una circulación que semejava “natural”, algunos envejecían o morían y otros iban ocupando los lugares vacantes; no había por tanto una gran vacilación en relación con el crecimiento y la inserción en el mundo adulto.

La emergencia del fenómeno adolescente, ligada a la Revolución Industrial, se visibiliza especialmente a partir del siglo XVIII. Junto con el cambio de la familia extensa,

es decir, la constitución de la familia nuclear o conyugal, los estados nacionales pasan a encargarse de la formación de los jóvenes, que adquiere mayor complejidad en la era técnica, lo cual hace que aparezca un período “formativo” o “de transición” que ha seguido prolongándose desde entonces. Dicho período se sitúa entre la pubertad y un momento siempre indefinido en el cual el joven va ocupando espacios destinados al adulto, en distintos ámbitos.

Desde mediados del siglo XX cobra nitidez la adolescencia como etapa en sí misma, diferenciada de los otros grupos etáreos: nace la “rebeldía adolescente”. Por entonces, se origina un imaginario social impregnado de individualismo, que tiende a enfatizar el valor de una autonomía precoz y solitaria. Esto se fue intensificando, y sumado a otras condiciones, dio lugar a esa cierta desorientación y desvalimiento que caracterizan a menudo a las adolescencias de hoy.

Se ofrecen al adolescente numerosas elecciones, ya que poco está resuelto por la sociedad y la familia; no obstante, el espacio social contradice el mensaje de “libertad” cuando coarta expectativas, ya sea por la pertenencia del joven a un grupo social de escasas oportunidades, o por la cualidad a veces estricta y los moldes estrechos que definen las imposiciones epocales. Frente a tales paradojas y a la fragilidad incontinente de múltiples pertenencias suelen aparecer falta de proyecto, apatía, inhibiciones, problemáticas en el desasimiento familiar, o distintas formas de violencia e impulsión, adicciones y trastornos de alimentación, modos de sufrimiento que atraviesan, entre otros, la clínica de la adolescencia.

Es mi propósito en este artículo destacar que el adolescente requiere puntos de referencia, soportes móviles pero consistentes para el sostén de múltiples procesamientos psíquicos en este exigido momento vital. Cuando se ponen en juego su crecimiento y autonomía, la reconfiguración de las identificaciones, la construcción/ deconstrucción de su identidad (“quién voy e iré siendo”) y el despliegue de sus proyectos vitales, es decir, el armado del proyecto identificadorio. A esto se agregan otras múltiples e intensas exigencias de trabajo psíquico en relación con la sexualidad, la muerte, el desasimiento de la familia e integración con pares, el aprendizaje y la escolaridad. A fin de tramitar distintas y novedosas experiencias propias de su devenir, el adolescente precisa de diversas tramas de pertenencia, a las que también considero como recurso terapéutico y preventivo, en tanto

brinden contención y regulaciones y de tal manera configuren situaciones de amparo y apuntalamiento. En términos de R. Kaës, (1991/ 2) la construcción del psiquismo se da a través de diversos apuntalamientos: sobre el propio cuerpo, los vínculos y el mundo social. La historia de un sujeto, señala, es la historia de sus apuntalamientos. El sujeto demanda a lo largo de sus recorridos vitales dichos apuntalamientos, siempre recíprocos: tanto más, digo, en la adolescencia, al atravesar cambios vertiginosos, incertidumbres, definiciones. Así se jerarquiza el pensamiento del humano en redes que lo sustentan y regulan. Sin embargo, cabe precisar que la relación entre el psiquismo, los otros y el mundo sociocultural no es una relación de reproducción textual, ya que en cada subjetividad se producen procesos singulares de metabolización, en otros términos, operan mecanismos de transcripción transformadora. Procesos elaborativos a través de los cuales cada subjetividad se adueña de modo singular de aquello que los otros proponen y transmiten. Aun cuando el sujeto es, desde la perspectiva vincular y compleja que aquí propongo, siempre “sujeto-con-otros”. Subjetividad encarnada que se va construyendo en el hacer con los otros y el mundo. Y más allá de los destellos ilusorios de la fusión, el otro se presenta en su irreductible alteridad.

En relación con esto, el desprendimiento de la dependencia familiar constituye una producción propia de una subjetividad entramada, además, en escuela, grupos de pares y otros dispositivos sociales de pertenencia.

Pienso en un psiquismo abierto a nuevas inscripciones, ligadas a experiencias vividas a partir del propio cuerpo, del mundo y de los otros. Se trata, en cada período vital, de nuevas construcciones experienciales, sustentadas tanto en previos puntos de anclaje como en andamios actuales intersubjetivos. En diálogo con el cuerpo, siempre extraño y ajeno, de modo especial en el singular e intenso recorrido adolescente. No se trata solamente de un tiempo de reviviscencias, revisiones y resignificaciones, sino también de producciones novedosas.

De tal modo, para enfocar esta peculiar época de la vida, tomo en cuenta las transformaciones corporales, es decir, los efectos del cambio puberal, pero además y con simultaneidad, el papel de los otros y la dimensión social de la época y lugar que el adolescente habita. Multicondicionalidad que pone de manifiesto la complejidad del análisis del adolescente y su circunstancia. Desde este punto de vista, será en los encuentros

y desencuentros de los distintos ejes y miradas que podamos aproximarnos –todo lo posible, que no es todo- a la clínica de la pubertad y la adolescencia.

### Acerca de la identidad

Dado que, como enuncia F. Marty (2015), la especificidad del proceso adolescente es cambiar y seguir siendo el mismo, la identidad constituye en esta etapa una temática relevante.

La construcción del “yo soy yo” ha sido y es considerada una de las tareas centrales del transcurso adolescente, aun cuando la identidad no fue establecida como concepto en el corpus freudiano. Señalaré que dicha construcción aparece como un proceso sin fin, un lugar al que siempre se está arribando. Ya en 1959 E. Erikson planteaba: “aun cuando la crisis de identidad ocurre durante la adolescencia, los problemas de identidad comienzan desde muy temprano en la vida y no terminan sino con la muerte” (Erikson, 1959, p.572).

“Yo soy yo” alude a las representaciones que yo me hago de mí, también construidas a partir de la imagen que los otros me devuelven, y de sus investimentos. Dicho conjunto representacional se ve siempre afectado por el flujo y la discontinuidad, que sustraen toda pretensión de identidad completa y perenne.

Por su parte, Kaës (2002) aporta a la consideración de la identidad en su dimensión sociovincular. El autor sostiene a la identidad como concepto multidimensional de gran complejidad y propone partir de dos raíces que lo componen: el *autos* griego, que excluye la alteridad y se refiere sólo a sí mismo, como en el autismo, y el *ídem* latino, de donde provienen identidad e identificación, que implica la idea de un comparativo: “lo mismo que yo”. De tal modo, afirma, la vertiente intrapsíquica de la identidad se entreteteje en otra, intersubjetiva, que corresponde a las investiduras y las representaciones narcisistas del grupo familiar sobre “His Majesty”, es decir, al apuntalamiento narcisista mutuo del bebé y su familia.

Desde la perspectiva de una singularidad subjetiva en constante construcción/deconstrucción que vengo planteando, el sentimiento de identidad se va conformando durante todo el fluir vital, en un proceso marcado por permanencias y novedad, momentos que pueden experimentarse como estables e hitos críticos que constituyen puntos de inflexión en un camino; carece, pues, como ya dije, de punto de llegada o conclusión. Se

edifica a partir de la matriz identificatoria en el nexa con los otros, articula de modo complejo el narcisismo, el conflicto, la pulsión, la visión de la propia historia. Se trata de una experiencia correspondiente al reconocimiento del propio ser, sostenida también en lo que hace a su dimensión imaginaria por la ilusión de un sí mismo unificado, continuo e inmortal. Dicha vivencia, subrayo, se produce y sustenta a la vez en el mundo intersubjetivo y sociocultural. Puesta en estos términos, la identidad es también la forma en que el sujeto se vive a sí mismo en relación con los otros y el mundo (Rojas, 2002).

Pienso que las primeras investiduras libidinales y narcisistas a las que Kaës, haciendo pie en Freud, se refiere, ofrecen el sustrato inicial identitario: soy “yo”, y me es posible reconocirme –primero en el júbilo del espejo- en tanto otro/s me ama/n, mira/n, toca/n, sustenta/n mi vida, le/s intereso. Puedo entonces sentirme “yo” –“yo con otros, entre otros”, “yo en el mundo”- por relación al menos a un alter. Ello inaugura –castración mediante- la posible instalación de una renuncia narcisista (si soy “yo” no soy él/ los otros), lo que podrá constituir una restricción a la fusión con el conjunto, como recorte singular (Ladame, 2001).

No se trataría de un “yo soy yo”, sino de un “ir siendo”. Me refiero así al sentimiento de ir siendo yo, nunca idéntico, pero el mismo, apto para suponer que me reconozco, a un tiempo, en quien soy/ fui/ seré.

Por otra parte, mi propio yo es otro, aun para mí. En tanto otro, excede mi representación, supone presencia inasible; ajenidad fundante del propio Psicoanálisis.

Durante la pubertad y adolescencia se abren interrogantes como la pregunta por el origen, entretejidas en las vicisitudes de una historización indispensable. Dichos procesos se realizan con otros, en las redes de pertenencia que hoy pueden ser también virtuales; en la revisión del pasado desde el presente transformado, la propia historia deviene otra. Hay mucho por visitar, pero tanto más novedoso por habitar, construir y significar.

Los procesos historizantes implican también la elaboración singular de la transmisión intergeneracional; esto puede verse obstaculizado cuando lo no elaborado ancestral, transgeneracional, se resiste a la transcripción subjetiva. La narrativa autobiográfica contribuye a situar al sujeto como eslabón en la cadena de las generaciones; por ende, no es en la ruptura y vaciamiento del ligamen y la historia familiar que el sujeto deviene

autónomo, sino en su posibilidad de apropiación metabólica y transformadora, donde pueda fijar su semejanza y su diferencia respecto de lo familiar.

### Sexualidad y finitud

El cuerpo se presentifica de modo especial con la metamorfosis de la pubertad, a través de la aceleración del crecimiento, el juego hormonal y la consiguiente irrupción de la sexualidad, que trastoca el mundo subjetivo previo y plantea otras demandas al psiquismo. Momento de desequilibrio que pone en marcha múltiples procesos autoorganizativos, de incierto devenir. Cuerpo marcado por los otros de la crianza y por los lenguajes de su tiempo, pasa a primer plano en la era de la imagen, cuando prevalece el mirar y ser mirado, y las superficies, lo visible, desplazan la jerarquía moderna de la interioridad.

La sexualidad fue dejando sus escondites, propios de la burguesía moderna, y el propio psicoanálisis contribuyó a ello: en la actualidad, impregna el espacio de lo público, habiéndose incorporado de modo ostensible al discurso social. No solamente se ofrece, por lo general, algún grado de información sexual a los niños, sino que es ineludible la presencia de distintas prácticas sexuales tanto en los medios como en Internet; en relación con esto, entiendo que la sexualidad no se conforma exclusivamente en la privacidad de las vinculaciones familiares. Además, pese a la ilusión de tornarlo todo visible y a la proliferación de las imágenes, la sexualidad mantiene sus enigmas, no puede mostrarse *toda*, ni recubrirse totalmente con palabras.

Por otra parte, dado que los jóvenes en crecimiento perciben con intensidad las grandes cuestiones de la existencia, se agudizan las preguntas por el sentido/ sinsentido de su vida y de las cosas. El adolescente establece un diálogo con la muerte, esta se hace presente, violenta e inevitable. El tiempo actual ofrece escasos recursos para dicha confrontación, ya que la muerte parece haber perdido buena parte de sus rituales, y se instalan mecanismos de renegación, en una sociedad que con frecuencia elude tramitar el dolor psíquico y enfrentarse con la carencia, las pérdidas, la frustración.

Reconocemos, de tal modo, la incidencia de la desmentida en relación con pérdidas significativas requeridas del trabajo del duelo. Asimismo, notamos cierta propensión a renegar los duelos por la infancia, tarea psíquica propia de la transición adolescente ampliamente estudiada por los psicoanalistas: duelo por el cuerpo infantil perdido, por el

rol y la identidad infantil, por los padres idealizados de la niñez (Aberastury, Knobel, 1970).

La vigencia a veces predominante en las familias del mecanismo de desmentida, favorecido por dichos rasgos epocales, suele demarcar situaciones de desamparo desapuntalante. El no ver, no percibir, no anticipar, ligados a ese mecanismo, puede reproducirse en los hijos, con un déficit de la función psíquica defensiva ligada a la señal de alarma del psiquismo. Los hechos devienen entonces “accidentes”, todo se torna no previsible y disruptivo, configurándose posibles situaciones de riesgo físico y psíquico. Se vive cada situación como si fuera la primera vez: la experiencia parece no fijarse en la memoria.

La percepción de la finitud propia, lo ineludible de la muerte –inicialmente, percepción de la muerte de los otros significativos- sacude también las construcciones de la infancia, afectando la omnipotencia de un yo que a la vez se presume inmortal. Puede que el adolescente quiera desafiar a veces a la muerte, con la fantasía de dominarla, como se expresa en ciertas conductas de riesgo.

En tanto la revolución tecnológica parece empujar los límites de lo cognoscible, se expande una ilusoria completa visibilidad. Esto favorece que el adolescente pueda depositar en Internet fantasías de inmortalidad y saber total que acompañan al humano desde siempre y se han expresado en todas las mitologías (Rojas, 2015).

### Familias y otras pertenencias

Las familias no ejercen hoy, por lo general, amplias funciones de orientación: carecen de tal posibilidad o creen, a partir de ideologías vigentes, que no deben hacerlo. Las expectativas parentales –tan lejos de aquellos mandatos rígidos que originaron las rebeldías adolescentes del siglo XX- parecen en ocasiones reducirse al anhelo de una indefinible felicidad. Al mismo tiempo, paradójicamente, suelen aparecer imperiosos anhelos del éxito de los hijos en múltiples áreas de la vida: nunca ser un “perdedor”, siempre habitar el universo de los “ganadores”: cuestiones fuertemente ligadas a lógicas propias del mercado neoliberal.

Dada la importancia que el contexto familiar, con sus apegos y desprendimientos, asume entre nosotros, es posible proponer la inclusión de abordajes familiares a partir de



algunas consultas adolescentes. Suele suponerse, desde miradas que dentro de esta perspectiva resultan solipsistas, que las intervenciones psicoanalíticas en el ámbito de la familia, o con los padres, desfavorecen la construcción de la intimidad y la autonomía de los hijos en crecimiento. En cambio, dentro de una perspectiva vincular y compleja, que habilita pensar una subjetividad entramada y jerarquiza el ser/ estar con otros, la autonomía deviene interdependiente, claramente diferenciada del aislamiento. Se trata de crecer y discriminarse “solo, con otro” (Winnicott, 1958).

En relación con esto, la intervención en los ámbitos vinculares tomará en cuenta las demandas del proceso adolescente tanto en el sentido del apuntalamiento, como de la diferenciación y transcripción de lo aportado por los otros.

Los adolescentes buscan, al alejarse de la frontera familiar, la instalación de otros bordes que les ofrezcan distintos modos de sostén y referentes para su tránsito vital. Pese a ciertos desfasajes y desencuentros, la pertenencia a la escuela secundaria constituye para muchos un referente, y el egreso de ella suele constituir un punto crítico, en tanto lo confronta con las exigencias de un futuro que deviene tiempo presente.

En la probable intimidad de los vínculos entre pares es donde puede de modo preferencial sostenerse la desinvestidura de los objetos endogámicos y habilitarse la reestructuración identificatoria y el proyecto. En cada una de las “tribus” que los adolescentes conforman se juega el conflicto entre “ser como todos” para pertenecer, y “ser uno”. Es decir, la tensión pertenencia/ singularidad, inherente a los lazos humanos, se hace más notable quizá en los adolescentes.

Las experiencias de desvalimiento familiar, otras veces ligadas a desamparo social, suelen llevar al adolescente a buscar pertenencias sustitutivas en grupos de características desubjetivantes (sectas, pandillas delictivas o grupos de adictos, entre otros). Cuando un grupo deviene pertenencia decisiva y excluyente, a la vez que exagera y ritualiza la pertenencia, se convierte en emblema exclusivo de identidad (Kordon, Edelman, 1987). En tal caso, la sola existencia del diferente puede resultar amenazadora. Esta forma de pertenecer y esta índole de vínculos diluye singularidades y exime del pensamiento y la decisión de cada cual. La angustia de desamparo suele dar lugar a una búsqueda de refugio en dichos grupos autoritarios, para soportar la soledad e incertidumbre.

Por otra parte, en nuestra era digital las redes sociales constituyen formas de pertenencia prioritarias para muchos adolescentes. La participación en Facebook, Instagram, Tumblr, Taringa y otras, aporta a la conformación de sus lugares sociales, es decir, es parte de su inclusión en los grupos de pertenencia de su vida cotidiana. En las redes se ponen en juego además el ser mirado, que opera en la conformación del narcisismo; el ser aceptado o rechazado, que actúa en las vicisitudes de la autoestima. Y, aunque el mundo digital implica riesgos, como el “grooming”, o el aislamiento en mundos virtuales, a veces con características de adicción; las problemáticas ligadas al “sexting”, o el “cyberacoso”, también supone la construcción de habilidades cognitivas y formas sensitivas todavía poco exploradas. Entonces, para muchos adolescentes y adultos, las redes sociales también pueden ser fuente de apuntalamiento, operantes en ese sentido en situaciones críticas, personales o sociales. Pienso entonces en una nueva modalidad, virtual, de los grupos de pertenencia humanos. La red deviene dispositivo de sostén y regulación, a veces, por ende, productor de subjetividad. Ofrece reconocimiento y otro modo de existencia (Rojas, 2015).

#### Desamparo social: vulnerabilidad y exclusión

La oposición inconciliable entre incluidos y excluidos, que decreta el desamparo, el hambre y a veces la muerte de los no pertenecientes, parece un saldo ineludible del actual sistema neoliberal; el propio régimen social instaura una rivalidad especular y criminosa. Para muchos de los “incluidos”, el delincuente, o aquel sospechoso de tal por su carácter de extranjero, por su aspecto o sus carencias, representa un potencial enemigo. Puede así producirse una fuerte contraposición entre unos y otros, que opaca y encubre las condiciones socioculturales y económicas generadoras de dicha situación.

Por otra parte, las variadas y excluyentes formas de discriminación por atributos diversos no acordes con expectativas sociales vigentes, configuran una modalidad violenta característica de nuestro tiempo.

Ya que el mundo, a través de sus grupos e instituciones y más allá de la familia, participa en la producción de subjetividad, una sociedad que no reconoce al sujeto fisura el contrato narcisista y afecta los referentes identitarios. El sujeto, dice Piera Aulagnier (1977), ve en el conjunto el soporte ofrecido a una parte de su libido narcisista; a cambio

de ello, el grupo reconoce que sólo puede existir gracias a lo que la voz del sujeto repetirá. Este contrato asegura a cada uno un lugar y es garantía de pertenencia y continuidad; su quiebre da lugar a la pérdida de apoyaturas subjetivas y a la posible perturbación del autorreconocimiento.

Por fuera del sistema y la posibilidad del consumo, en la franja de la exclusión ¿hay posibilidades de organizar procesos subjetivantes o nos hallamos en los confines de la propia existencia? Dado que los lazos son constructivos, sostén en la vida toda, uno de los peores riesgos psíquicos es el aislamiento. Entiendo que los agrupamientos en exclusión también operan, con sus poco estudiadas peculiaridades, en la conformación subjetiva: construyen, entonces, otras formas del “nosotros” y del “soy”, adecuadas a las estrategias de supervivencia en exclusión (S. Duschastzky, C. Corea, 2002). No obstante, las carencias en la autoconservación pueden afectar la conformación de la dimensión ética (Ulloa, 1995), asegurándose de tal modo la trasmisión intergeneracional del maltrato: niños y adolescentes carenciados y maltratados pueden a su vez devenir violentos, reiterando la violencia padecida. Por estos senderos se ven favorecidas las impulsiones; el entramado simbólico imaginario vacila y emerge la descarga pulsional sin frenos. Así pueden afectarse los procesos simbolizantes y la instauración de mecanismos represivos.

Para Winnicott la “tendencia antisocial” se basa en la privación y expresa una esperanza. Por eso, dice, “La terapia es proporcionada por la estabilidad del nuevo suministro ambiental” (Winnicott, 1991-1984, pág. 155). Cuando lo hay. Si en cambio, no hay respuestas, se renueva la desesperanza y esto agrava la tendencia al acto delictivo (“no tengo nada que perder” “no soy nadie”). Destaco el movimiento que el autor genera con sus complejas consideraciones sobre la tendencia antisocial, ya que retira los procesos ligados a marginalidad de la calificación única de cuadro psicopatológico y los convierte en un fenómeno de comprensión y abordaje interdisciplinario.

Las condiciones de carencia o amenaza social suelen adquirir fuerza traumática, y el psiquismo tendrá que apelar a la actividad elaborativa. Esta no se define de modo exclusivo a partir de la organización yoica previa, juegan un rol fundamental, además, apuntalamientos y otras condiciones actuales (Rojas, 2004). El sujeto no puede realizar estos procesos de rescate en aislamiento: es necesario que otros testifiquen, enuncien, apuntalen. La pertenencia grupal moviliza las funciones representativas del preconiente,

específicamente afectadas en la experiencia traumática, como lo es, de modo acumulativo, la supervivencia afectada por carencias básicas. Entiendo, en fin, que las redes humanas pueden operar como espacios transicionales facilitadores, y me refiero a la riqueza del ser-con-otros, más allá de las situaciones estrictamente terapéuticas.

Los distintos agrupamientos tienden a replicar, en sus modos de vinculación, la exclusión social; a pesar de ello, tienen también la posibilidad de constituirse en espacios aptos para la inclusión.

En el ámbito de la educación se va incorporando una lógica de la diversidad, que intenta desalojar las variadas formas de devaluación del otro que el mundo mercantil plantea. Hace ya décadas, cuando aún no se veía despuntar esta pos, hiper o sobremodernidad que habitamos, la escuela pública pensada para y por grupos sociales medios resultó, a menudo, expulsiva para niños y jóvenes provenientes de sectores carenciados. Tendencia que se fue ratificando con los avances de las propuestas neoliberales.

Considero que el éxito en el proceso de inclusión grupal se sustenta en la transformación de las vinculaciones, con la consiguiente modificación y enriquecimiento del psiquismo de todos los integrantes del grupo, esto es, el proceso de *inclusión incluye* a todos (Rojas, 2012).

Diversidad e inclusión constituyen metas de difícil alcance, en un marco social donde excluir y maltratar al diferente es casi la norma. La discriminación por discapacidad, etnia, grupo socioeconómico de pertenencia, aun por rasgos físicos o psíquicos desestimados por las exigencias del imaginario social vigente, trastornan los modos de la pertenencia y ratifican la amenaza constante de la exclusión. Esto se relaciona con problemáticas usuales en la consulta actual por niños y adolescentes y se extiende a todos los sectores sociales.

El cine, la televisión y otras producciones impregnadas de ideologías epocales, difunden y refuerzan esas categorías disyuntivas y complementarias que ya mencioné, perdedores y ganadores. Lo que en los grupos adolescentes aparece bajo la figura de los jóvenes “populares”... y los otros; fuente de sufrimiento, que a veces tiene relación con expresiones violentas, inhibiciones en el medio escolar, cambios de colegio, dificultades

para la asistencia al mismo, problemáticas más o menos severas de la autoestima, que encontramos cada vez con mayor frecuencia en la consulta de púberes y adolescentes.

La violencia así expresada en y entre los grupos de púberes y adolescentes solo constituye una de las manifestaciones de una lógica mercantil paranoide, que define vínculos con el modelo dominador –dominado, afectando a todos los sectores sociales y grupos etéreos. El fenómeno de acoso ahora denominado *bullying*, supone la imposición al otro de un sufrimiento que al mismo tiempo se teme padecer: una muestra de los modos de vinculación impulsados en la sociedad global y difundidos a través de los medios.

En cuanto a los funcionamientos familiares, pueden resultar excluyentes, hasta expulsivos, cuando auspician una rápida y precoz autonomización de los hijos. Se producen de tal modo carencias en el sostén y las regulaciones, soslayando los procesos elaborativos que habilitan de modo transicional el desprendimiento. Esto suele generar una paradójica extensión de la dependencia infantil y adolescencias tardías.

Pocas cosas tan fácilmente invisibilizadas como la insuficiencia del amparo adulto, encubierta por ideologías epocales convalidantes: sociabilidad y autonomía tempranas, valor de la autodeterminación y el manejo en el mundo social; indiferenciación entre las generaciones, levedad de las prohibiciones y la contención. Los niños en especial, y también los adolescentes, requieren para organizar su vida psíquica sentir la mirada, potencia y responsabilidad del mundo adulto. Este mensaje se encuentra desdibujado en muchas familias de hoy, y también en otras pertenencias. Esa cierta ausencia de estas cualidades de la adultez, entramada en condiciones epocales que merecen análisis transdisciplinarios, estimula, frente a las cuestiones de la crianza y la educación, las respuestas médico psicológicas, que inundan familias y escuelas, mientras estas tienden cada vez más a tercerizar sus funciones en profesionales de la salud, auspiciando así la patologización de la infancia, la adolescencia y la vida misma.

Los adultos, a su vez sometidos a los códigos exigentes de una sociedad de alta complejidad, con frecuencia miran hacia diversos lugares más allá de los hijos. Dice mi paciente Delfina, de 12 años: “¿Cuándo vienen a verte mi papá y mi mamá? ¿Les podés decir por favor que no miren todo el día el celular? ¡Lo odiooooo!”

Los padres de Juan, paciente de 11 años, se separaron recientemente, me enteré por él, en su sesión, porque ellos no me avisaron. Juan lloró mucho, un rato después el padre

hizo el bolso y se fue, ya, en el momento, sin anestesia. Desde entonces Juan recibe gran cantidad de regalos, incluido un breve viaje al exterior con el padre. Juan me dice “¿ellos me comprarán todo esto porque creen que así no me va a importar que se separaron?” (Sí, Juan, pienso, muchos creen que el consumo hace la felicidad).

Niños y adolescentes son grupos de alta vulnerabilidad, y altamente vulnerados. El mayor de los desamparos, visible, perturbador, afecta a aquellos que padecen carencias de abastecimientos básicos: alimento, abrigo, cuidados, y son muchas veces más reconocidos como victimarios que como víctimas. Mientras que en otros grupos sociales, bien situados en la franja del consumo, aparecen de modos casi imperceptibles por su normalización, carencias en el sostén y las interdicciones que conllevan otra índole de problemáticas de desamparo. Y sitúan en primer plano formas de control social como la medicalización y la judicialización de infancias y adolescencias, expresiones violentas del mundo actual que afectan los procesos de subjetivación.

### Bibliografía

- Aberastury, A.; Knobel, M. (1970) *La adolescencia normal*, Buenos Aires, Paidós
- Aulagnier, P. (1977) *La violencia de la interpretación*, Amorrortu, Buenos Aires, 1975
- Costa, Pérez Tornero, Tropero (1996) *Tribus urbanas*, Buenos Aires, Paidós
- Duschatzky, S.; Corea, C. (2002) *Chicos en banda*, Buenos Aires, Paidós
- Erikson, E. (1994) *Un modo de ver las cosas*, México, Fondo de Cultura Económica, p.572, 1959
- Freud, S. (1976) *Tres ensayos de teoría sexual*, O.C., VII, Bs. As., Amorrortu, 1905
- Freud, S. (1976) *La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna*, O.C, IX, Bs. As., Amorrortu, 1908
- Gutton, P. (1993) *Lo Puberal*, Bs. As., Paidós, 1991
- Kaës, R. (2002) “Polifonía del relato y trabajo de la intersubjetividad en la elaboración de la experiencia traumática”. En *Revista de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares*, vol. XXV, 2, págs. 15-25

- Kaës, R. (1991) Apuntalamiento múltiple y estructuración del psiquismo. En *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, vol. XV, 3/4, págs. 23-52
- Kaës, R. (1992) Apuntalamiento múltiple y estructuración del psiquismo. En *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, vol. XV, 2, págs.15-36
- Kordon, D.; Edelman, L. (1987) “Identidad personal, identidad por pertenencia y pertenencia grupal”, en *Temas grupales por autores argentinos*, Buenos Aires, Ediciones Cinco
- Ladame, F. (2001) “¿Para qué una identidad?”. En *Revista APDEBA*, XXIII, 2, Buenos Aires
- Marty, F. (2015) “La especificidad del proceso adolescente: cambiar y seguir siendo el mismo”. En *Culturas adolescentes. Subjetividades, contextos y debates actuales*, G. Donzino, S. Morici comps., Buenos Aires, Noveduc,
- Rojas, M.C. (2002) “Notas acerca de la identidad”, *ficha de circulación interna Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo*
- Rojas, M.C. (2004) “Trauma, duelo e identidad”. En *Revista Cuestiones de Infancia*, Buenos Aires, UCES
- Rojas, M.C. (2008) “Adolescentes en riesgo: del despertar sexual a la tragedia”. En *Revista Cuestiones de Infancia*, Buenos Aires, UCES
- Rojas, M.C. (2012) “Familia, escuela, grupo: diversidad e inclusión”. En *Paradojas que habitan las instituciones educativas en tiempos de fluidez*, publicado por la Universidad Nacional de San Luis
- Rojas, M.C. (2015) Adolescencia y virtualidad. En *Culturas adolescentes. Subjetividades, contextos y debates actuales*, Donzino, Morici comps., Buenos Aires, Noveduc,
- Ulloa, F. (1995) *La novela del psicoanalista*, Buenos Aires, Paidós
- Viñar, M. (2009) *Mundos adolescentes y vértigo civilizatorio*, Montevideo, Trilce
- Winnicott, D. (1991) *Deprivación y delincuencia*, Buenos Aires, Paidós, 1984
- Winnicott, D. (1979) “La capacidad para estar a solas”. En *El proceso de maduración en el niño*, Laia, 1958